

tió de Sublac seguido de algunos de sus discípulos y entre ellos de Mauro y de Plácido.

Entonces, dice la cristiana leyenda, dos ángeles bajo la forma de dos jóvenes le condujeron á Monte Casino. Allí se encontró todavía con el paganismo que, cediendo á la espada vencedora de Teodorico, habia ido á refugiarse en la cima de aquel monte. Benito arrojó de allí la idolatría, rompió el idolo, derribó su altar, quemó los supersticiosos maderos y en lugar del templo de Apolo se alzó la capilla de San Juan Bautista. La cristiana cruz consagró las ruínas del templo pagano.

Un gran monasterio empezó á edificarse, un monasterio ilustre. Todos los historiadores están conformes en decir que le plugo á la Providencia ilustrar con tres hechos para siempre memorables esa pequeña montaña de la Campania, que hasta el siglo VI no habia alcanzado fijar las miradas de la historia. En primer lugar el Monte Casino recibió el último aliento del culto pagano en Italia. Despues vió alzarse en su cima la casa matriz y señora de todos los monasterios de Occidente. Por último, en medio de sus peñascos, huyendo de la barbarie, las letras despavoridas se refugiaron en aquel santo asilo para guardar sus tesoros, es decir, para conservar, magnífica herencia de los siglos, los escritos de Homero, Aristóteles, Platon, Herodoto, Virgilio, Tácito, Tito Livio y Horacio!

Benito llevó á cabo la construccion del monasterio. La fama y los milagros del abad se esparcieron por todas partes. Eliseo de su tiempo, revestido del poder de Dios, Benito leia en el libro del porvenir como los profetas.

Un dia se le presentó un hombre desconocido y se echó á sus piés.

— Levantaos! — le dijo Benito.

El desconocido no se movió.

— Levantaos, Totila, — exclamó entonces Benito, — levantaos, monarca de los godos.

Era en efecto Totila.

— Qué quereis de mí?

— Vos debeis saberlo, — contestó Totila, — pues que leais el porvenir.

— Pobre imprudente! — le dijo entonces Benito, — has venido á saber tu suerte de mis labios. Mis labios te la dirán. Eres dueño de Nápoles, lo serás tambien de Roma despues de haberla pasado á saco; has ganado cien batallas, ganarás otras cien; pero así como has vencido ayudado de la sangre y del estermio, el estermio y la sangre consumirán tu ruina. Tus soldados que hoy son señores, mañana serán esclavos, y tú que llevas los reyes prisioneros

tras de tu carro de guerra, irás, cautivo de un rey, atado á la cola de su caballo de batalla. Ya sabes tu suerte. Vete ahora!

Construido su monasterio, Benito se dedicó á escribir su famosa regla, esa regla, resumen del cristiano, compendio del Evangelio, regla que Santa Hildegarda dijo con mucho acierto que era á las mas antiguas constituciones monásticas, lo que la ley de Jesucristo á la de Moisés.

Meditemos con alguna detencion la filosofía de esta regla y veamos el espectáculo que ofrecen al mundo cristiano los primitivos discípulos de Benito.

Fué el de San Benito un código admirable, una sabia, una digna, una santa legislacion.

Así como la idea de este legislador del claustro se apoya en el espíritu cristiano, así todo el edificio de sus instituciones está basado en la humildad, la abnegacion, la obediencia. Todo en la regla camina á un fin, todo en la regla tiene su objeto.

Hasta el mismo traje es una idea. Visten los monjes la túnica negra como un recuerdo de la muerte y símbolo de la humildad; la capilla simboliza la sencillez y la inocencia; el escapulario la cruz y la obediencia; el cinturon la castidad, la fuerza, la fidelidad, la justicia y la fé.

Ante Dios no hay diferencia alguna: todos son iguales ante su poder supremo. Por esto San Benito admite á todos sin distincion, niños, adolescentes y adultos, pobres y ricos, nobles y villanos, señores y vasallos, doctos ó ignorantes, clérigos ó legos.

San Benito sabe á lo que conduce el orgullo, la venganza, el desarreglo, la indisciplina: por esto quiere á sus monges, resignados, mansos, moderados, obedientes.

Conoce que la ociosidad es un enemigo del hombre: por esto impone el trabajo y la lectura.

La humildad es un prudente consejero; por esto exige que cada uno de sus discípulos sirva á su vez en el monasterio á cada uno de sus hermanos.

He ahí la distribucion que hizo en sus monasterios de las ocupaciones del dia: «Desde Pascua, dice, hasta las calendas de octubre, al salir de prima por la mañana trabajarán hasta las cuatro en lo que sea menester; de las cuatro hasta las seis se dedicarán á la lectura; despues de las seis, al levantarse de la mesa, descansarán en sus camas sin ruido y en cuanto se haya rezado nona, á las ocho en punto, trabajarán en todo aquello que se necesite hasta víspera, y si la pobreza del lugar, la necesidad ó la recoleccion de frutos les tuviese constantemente ocupados, no se afligirán por esto, porque son ver-

daderos monges los que viven del trabajo de sus manos, como lo hicieron nuestros padres y los apóstoles: pero hagan todo con medida en consideración á los débiles.

«Desde las calendas de Octubre hasta principio de Cuaresma leerán hasta las dos, en cuya hora cantarán terciá, y hasta nona trabajarán en lo que corresponda, pero al primer toque de nona levantarán mano del trabajo y estarán preparados para el momento en que toque el segundo. Después del refectorio leerán ó recitarán salmos.

«En Cuaresma leerán desde por la mañana hasta las tres, trabajando en seguida en cumplimiento de lo que les sea mandado hasta las diez. En estos días tomarán de la biblioteca libros, que leerán seguida y enteramente, cuyos libros les serán dados al principio de Cuaresma. Elíjase sobre todo uno ó dos ancianos que recorran el monasterio al tiempo que leen los hermanos para vigilar si algun negligente se entrega al reposo ó á la conversacion, no lee con aplicacion ó es inutil á sí mismo, ó tal vez estorbo de los demás. Si hubiera alguno que reprendido una ó dos veces no se corrigiese, sométasele á la correccion de la regla, de manera que los demás se intimiden. Los domingos los pasarán leyendo, escepto los destinados á varias ocupaciones.»

En el abad, San Benito se bosquejó á sí propio. Era el abad una autoridad todopoderosa en el monasterio, todo se doblegaba ante ella, representaba en el claustro la voluntad de Dios.

«El abad que habrá sido juzgado digno de regir el monasterio, dice, debe tener incesantemente la vista sobre el título que lleva procurando llenar con su conducta todos los deberes de un superior, pues se le considera como ocupando el lugar de Jesucristo entre sus hermanos; y por esto y por una distincion de preeminencia, lleva su nombre segun estas palabras del Apóstol: Vos habeis recibido el espíritu de la adopcion de los hijos, por la cual esclamamos: Abba, Padre. Es necesario pues que aquel á quien se conceda la dignidad de abad instruya á sus discípulos de dos modos, es decir, que les enseñe á practicar las cosas buenas y santas con el ejemplo mas bien que con la palabra, de suerte que haga conocer de viva voz los mandamientos de Dios á los que tienen mas capacidad é inteligencia, haciendo lo propio con el ejemplo para con los que sean duros de corazon, ó tengan el entendimiento mas débil ó tosco; sobre todo debe vivir de manera que sus discípulos observen en su conducta la conviccion de evitar las cosas que les diga son contrarias á su bien; no sea que instruyendo á los demás, sea él mismo reprobado.»

Lo que distingue especialmente la regla de San Benito, dice un escritor, es el buen sentido y la dulzura.

En efecto; júzguese por estas palabras de su prólogo:

«Queremos instituir una escuela del servicio del Señor, y nos lisonjamos de no haber introducido en la institucion cosa alguna áspera ni penosa; mas si por equidad hay en ella que corregir algun vicio, ó en mantenimiento de la caridad alguna cosa demasiado dura, no por esto con el susto huyas de la senda de la salvacion, que en su principio siempre es angosta, pero que con el progreso de la vida regular y de la fé ensancha el corazon, y se recorre con suavidad inefable la via de los preceptos de Dios.»

La caridad es otra de las cosas que recomienda la regla. Manda á sus discípulos prestar un oido atento á la voz de todos los que sufren y les ordena visitar á los pobres, aliviarlos, vestirlos y alimentarlos.

Tales eran los principios fundamentales de estas instituciones.

Nos toca ahora examinar el espectáculo que ofrecen al mundo los hijos primeros de San Benito.

Es bello.

La gran revolucion hecha por la regla de San Benito en la institucion monástica, fué introducir el trabajo manual, la agricultura, recordando sin duda la espresion de Job: *El hombre ha nacido para trabajar como el pájaro para volar.*

He ahí porque vemos partir una colonia de Benedictinos, fijarse en un lugar inculto y en medio de poblaciones bárbaras, representar á un tiempo el doble cargo de misionistas y labradores, empuñar en una mano la azada y en otra el Evangelio, y hacerse dueños de los campos por medio de la agricultura y de los corazones por medio de la meditacion. Mientras que siembran la semilla de los frutos en la tierra, injertan el oro de la verdad en las almas.

Así es como van ganando tierras para el cristianismo, como van conduciendo los corazones á Dios.

En seguida, concluida su tarea, sueltan la azada y la pala, dejan á un lado el Evangelio y se retiran al fondo de su claustro para, en su silencio y soledad, elevar monumentos á la ciencia, asombro de los siglos venideros.

La civilizacion debe mucho á los Benedictinos. Ellos son quizá los primeros que se han encargado de dar al mundo el ejemplo de lo que puede la asociacion constantemente dirigida á un fin, de lo que puede una masa compacta de inteligencias dedicadas á un objeto. Los Benedictinos son la palanca con que em-

pezó á removerse y á hacer bambolear la gran mole de la barbarie. Aun mas, los Benedictinos son el vapor de aquellos tiempos, el lazo de fé y caridad que unió á los pueblos como hoy las líneas de hierro unen á las naciones.

En tanto que estas colonias parten á predicar la fraternidad, la caridad, la religion, la ciencia, qué hacen los demás?

Los demás trabajan como ellos con fervor. Mauro parte á la Galia á sembrar sus santas máximas; Plácido se dirige á Sicilia y allí, en sus amenas campiñas, recoge la palma del martirio y traza á sus sucesores un camino regado con su sangre y la de treinta compañeros.

Ya en esto Benito el profeta, Benito el santo, Benito el gran patriarca de los cenobitas de occidente estaba próximo á exhalar su último suspiro. Tranquilo podía elevarse al cielo. El árbol plantado por él habia echado profundas raices, y sus sombradoras ramas cargadas de frutos de oro convidaban á los pueblos á sentarse bajo su copa para gozar y saborear su dulzura, su frescor, su sublime y humano bienhéstar....

San Benito, dice uno de sus biógrafos, como todos los hombres de accion, sentia su alma llena de vigor, pero debil su cuerpo era como el vaso que un licor espumoso quiebra. Hízose llevar al oratorio, donde recibió el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y luego sosteniendo sus miembros débiles y extenuados en brazos de sus discípulos, este invencible soldado se mantuvo de pié por un prodigio sin ejemplar; no obstante el desfallecimiento y languidez de la agonía, recibiendo la muerte en actitud de combatiente, levantó las manos al cielo y murió orando.

Poco antes de morir, el espíritu profético que en él vivia se mostró de nuevo á sus discípulos. Vió al través de los tiempos que se le presentaban á lo lejos, el ataque, el saqueo y ruina de Monte Casino, y sus asustados discípulos le oyeron murmurar con voz agonizante:

—Huid! huid! hé aquí á los lombardos!

Y en efecto, los lombardos no tardaron en llegar cayendo como una nube de fuego sobre el indefenso y pobre monasterio.

Monte Casino quedó reducido á escombros hasta que en 720 renació, nuevo Fenix, de sus cenizas.

En 789 recibió la visita de Carlomagno, y fué tanta la impresion que en él produjo, que jamás olvidó los deliciosos dias allí pasados. Por esto el gran conquistador de Occidente, al volver á Aix la Chapelle, despues de sus jornadas de hierro, recordaba la paz y la calma del monasterio Benedictino y, llamando en su ayuda la musa latina, cantaba:

«Monte Casino ofrece un reposo seguro á las almas enfermas.....»

«Reina en él una humildad la mas santa, una paz la mas piadosa, una union la mas bella entre todos los hermanos.»

«A todas horas cánticos de alabanza y de amor divino se elevan hácia el trono del Altísimo.»

«Vé, poesía, á encontrar al abad y á sus hijos, y diles: Salud y felicidad!»

Despues de esto, Monte Casino, reconocido como gefe de toda la orden, pasó por todos los grados de la humana condicion, y su historia altamente dramática presenta los contrastes mayores y mas dignos de estudio. Tan pronto le vemos asilo de paz y de caridad cristiana, como morada de relajacion y vicios; tan pronto es un templo como un castillo; tan pronto es un edificio suntuoso que reclama una mirada al peregrino, como un monton de ruínas que piden una lágrima al viajero; tan pronto tiene un abad Bertario que muere al pié del altar mártir del deber y del cristiano sacerdocio, como tiene otro abad Richer que suelta el báculo para empuñar la espada, que viste la armadura sobre la cogulla y que, al frente de sus guerreros monges y de los vasallos del monasterio, marcha contra los normandos y les derrota haciendo prisionero á su gefe.

Todo esto sin embargo no es del caso.

Por lo demás el abad de Monte Casino se titulaba patriarca de la santa religion, duque y príncipe de todos los abades y religiosos, vice-canciller del imperio, canceller de los reinos de una y otra Sicilia, de Jerusalem y de Hungría, conde y rector de Chanpagne, tierra de Labour y provincias marítimas, vice-emperador y príncipe de la Paz.

Preténdese que un soberano pontífice encontró, despues de una pesquisa exacta que mandó hacer, que la orden de Benedictinos desde su nacimiento habia producido,—y el número no es flojo ciertamente,—veinte y cuatro papas, mas de doscientos cardenales, siete mil arzobispos, quince mil obispos, quince mil abades insignes y mas de cuarenta mil santos y bienaventurados, de los cuales quinientos han sido monges de Monte Casino y están en él enterrados.

La suma es demasiado respetable para que pueda la historia imparcial darla completo crédito.

